

Parte 1

Cuando vivíamos agachaditos

Hola. Hoy, por fin voy a salir a la luz y no es que haya estado en las tinieblas como luzbel o cualquier otro diablo sino que todavía no me conocen; es decir, nadie ha escuchado de mí, y todo porque mi amigo, el señor Jean D'Carval, se dio cuenta que era justo que todos sepan de mi existencia, además, se lo debo a mi nuevo amigo Pancho que lo encontré en las computadoras que están conectadas a Internet, donde nos dijo el sábado pasado que él es un burro Vizcaíno nacido en Bogotá y que vivía junto con sus amigos: la serpiente Margarita Sinuosa de Crótalo, la cucaracha mexicana Martina y el escritor don Carlos Vidales, allá en España. Ellos me ayudaron a que, mi amigo, el señor Jean D'Carval tome conciencia para que yo pueda dirigir también mis palabras a ustedes, porque son mis amigos. Pero disculpen, no me he presentado, mi nombre es Berny y soy un cerdo serruchito como cariñosamente mi amigo me llama y todo porque nací en la sierra, la sierra profunda del Perú, es decir yo soy huancaíno y no por algo, sino porque debo de ser alguien aquí en la tierra.

Mi madre dio a luz a mis hermanos y a mí, en Agua de las vírgenes, cuando todavía era pasto verde y aire puro, no como ahora que está hecho un basural público; en donde los marranos humanos nos ven con antojo de engordarnos. Pero yo crecí y me eduqué con el señor Jean D'Carval.

Cuando nos conocimos, nuestra atracción fue inmediata y comprendí que sólo él comprendería todas

mis aspiraciones e ideales de cerdo en plena rehabilitación y tratamiento de su autoestima, porque comprenderán que no es sencillo dirigir mis palabras a ustedes que están en el otro lado de esta computadora y además porque ustedes tampoco van a creer que los cerdos hablamos, es cierto que somos rechonchos y abultados por todo lado pero los cerdos también sabemos sentir, comer y dirigir nuestras palabras a todos, o es que acaso nunca han escuchado a ningún cochino dirigirles sus palabras?

Ahora me está yendo bastante bien, porque junto con Jean D'Carval conversamos y discutimos acerca del mundo y sus problemas; cosa que nadie platica hoy en día con más empeño que nosotros.

Algunos creen que no soy más que un marrano con la cabeza gacha. Yo vivo en la casa del señor Jean D'Carval, ustedes sabrán que este señor es muy culto; pues tiene en su biblioteca infinidad de libros de literatura y demás ciencias del conocimiento humano, que a veces, cuando tiene humor, los lee con atención infinita, además porque cuando lee dice que se siente inspirado y yo creo que le inspira la lectura lo que algunos llaman trabajo. Pero, no crean que estoy aquí para hablarles de él, pues él sabe bien que puede hablar solo sin ningún inconveniente y no porque la constitución lo ampare, tampoco por las leyes peruanas que lo protegen, sino porque es libre de cada individuo comunicar sus ideas a diestra y siniestra libremente con la voluntad general que los mismos hombres han instaurado.

Mi amigo es un señor y yo estoy aquí para hablar, no de él, sino a tratar de informar a toda la gente por qué nosotros, los cerdos, caminamos con la cabeza gacha. Quiero hacerles éstas y otras confesiones que a todos, de hecho, nos va a interesar, porque retenerlas en mi memoria y no comunicar semejante suceso sería de tontos, a si es que escuchen con mucha atención, paren bien las orejas, pongan toda la atención del mundo porque lo que a continuación voy a decir es muy serio y serán testigos los días sábados porque sábado como hoy dirijo mis palabras a vuestras mercedes, entonces escuchen.

Antes que nada tienen que saber que yo soy un cerdo niño. Si quisieran entenderlo mejor estoy diciendo que soy púber, pero estoy adelantado a mi edad, pues comprenderán que hay en el mundo jóvenes viejos y también viejos jóvenes. A veces pienso que soy excepcional, pero todavía no se han creado escuelas ni colegios en nuestra patria para mí, sólo para los excepcionales imposibilitados de algunos de sus sentidos y no realmente para los excepcionales como yo, que sabiendo de todo tienen que callar por una eternidad y eso ya se acabó hoy día. Disculpen que les cuente de esta manera, es que estoy nervioso y apurado porque mi amigo Jean no quiso sacarme de su casa pues sabía que esto iba a suceder; es decir, dirigir mis palabras a ustedes y él, ahora me está mirando feo, porque muchos ojos nos observan, como si no tuvieran nada que hacer. ¿Acaso nunca han escuchado hablar a un cerdo, mucho menor utilizar Internet? Si en las cabinas abundan los cerdos que comunican sus cochinadas a todos.

Siempre escuché por allí; a los humanos que nosotros, los cerditos caminamos con la cabeza gacha, y hasta ahora no saben por qué. Realmente nadie ha podido explicar por qué caminamos agachaditos, como si avergonzados viviéramos de nuestra suerte o de nuestro aspecto rechoncho, o si nosotros los cerdos, hubiéramos cometido la peor atrocidad del mundo, pero, antes de seguir, quiero saber si ustedes están en la capacidad de caminar como nosotros, o quizás al ser observados se sientan de lo peor, porque a nadie de nosotros nos ha gustado que se nos observen, porque no somos conejillos de indias, mucho menos hemos nacido allá, donde los sabios y científicos en laboratorios inmensos comentan sus sabidurías. Es por eso que vengo hablar de mí, porque estoy motivado y la adrenalina corre a torrentes inmensos en mi pecho y si no es hoy que comunique mi deseo no lo será nunca.

Antes, nosotros éramos muy inteligentes, muy sabios, limpios, pulcros y sobre todo súper moderados. No le teníamos miedo a nadie, ni a nada y hablábamos de todo. Grandes profesionales habían surgido entre nosotros: médicos, abogados, ingenieros, profesores, danzarines, arquitectos, biólogos, secretarios, congresistas, promotores, cantantes, antropólogos, sastres, contadores, economistas, sacerdotes, asesores, inventores, jurados, jueces, escritores, en fin, de todo. Pero ¿saben?, lo que más nos gustaba hacer, era conversar de política y de mucha cultura, como ya dije.

- Disculpen mi nerviosidad, sino que, ya son muchos los ojos quienes están concentrados en nuestra cabina y se están acercando cada vez más, porque si

nunca han oído hablar a un cerdo, mucho menos lo han visto digitar todo lo que parlo con ustedes -

Nosotros; los cerdos, éramos grandes conversadores y limpios, pulcros, imparables paladines de la oratoria. Demóstenes tenía por mascota un marrano negro que le inspiraba los mejores discursos para luego decirlos a todos los humanos que terminaban admirados y que esa tartamudez de nacimiento le fue superada gracias, justamente, a la insistencia, perseverancia y a las enseñanzas de nuestro hermano marrón. Lástima que lo engordaron y se lo comieron en una de sus sesiones de oratoria. Y otra cosa, Napoleón, era un gran poeta. Las cartas que le escribió a Josefina lo demuestran. Ella tenía un gran “chancho”, burlaba Napoleón y por arranque de celos y loco de ira no hizo caso los consejos de ésta y fue derrotado en esta terrible batalla de Waterloo y fueron testigos todos los hombres de la tierra.

Como dije, éramos muy limpios y cultos. Comíamos delicadas viandas en platos de porcelana, con servilletas y tenedores de distintos tamaños. Para la sopa, contábamos con tres cucharas. Para el postre, una infinidad inmensa de cucharitas, porque nuestro refinado apetito por los dulces hizo que se inventaran miles y miles de variedades de cucharitas. Cucharitas para vasos, cucharitas para copas, cucharitas para platos y cucharitas para posillos. Han de saber también que, antes de escuchar misa, nos bañábamos para estar limpios de mente y cuerpo ante los ojos de dios. Nunca faltaba un domingo que reventaba la iglesia para escuchar las divinas escrituras, ahora sólo observamos

que si no es en abril o en octubre, nadie va con fe a escuchar misa. Nos bañábamos también después de hacer deporte, para eliminar las toxinas. Eso mismo lo hacíamos al levantarnos de la cama, luego de dormir, porque nuestros cuerpos emanan el doble de ración de toxinas que los puercos humanos.

En los días calurosos, se vivía como los más grandes representantes de la pulcritud. No ensuciábamos las calles, como los cerdos humanos lo vienen haciendo. Todo era natural, amábamos la naturaleza y la capa de ozono porque no teníamos necesidad de utilizar perfumes. Respetábamos nuestros olores, ahora, los disimulamos. Los parques; gracias a nosotros eran los más limpios y los más lindos, no los reconstruíamos, sino tratábamos de cuidarlos y mantenerlos como fueron contruidos.

Abreviando, un día, llegó de un pueblo, un marranito que quiso conocer la gran ciudad, la gran capital que él había soñado y escuchado de sus amigos que antes la habían visitado. “Capital de capitales vas a ver”. Observarás edificios inmensos, rascacielos que tocan las nubes. El río interminable para tus ojos y sobre todo mucha, pero mucha gente transitando apurado a sus trabajos y sus casas. Nuestro compañero se sintió motivado y emprendió viaje.

El cerdito llegó muy feliz, pero en el transcurso de su pequeño viaje conoció a un hombre. Este lo engañó y lo llevó a un lugar, que según él, era la capital que él quería ver. Este humano era un ser maligno. Con engaños lo llevó a ver toda la mugre y todos los líos del

mundo. El cerdito, que tenía sentimiento bondadoso, se puso triste, porque contempló con desagrado que otros cerditos, eran maltratados por hombres, hombres que los castigaban y los engordaban para luego matarlos y convertirlos en mortadelas, salchichas, paté y muchos embutidos por inventarse.

Contempló también la maldad de los hombres, hombres que se peleaban entre ellos. Que en vez de vivir en plena alegría y paz, peleaban. Pero no, nuestro cerdito no lo soportó, se sintió de lo peor y regresó a su casa, a su pueblito natal, maldijo el momento de haber salido a conocer el mundo, que finalmente, estuvo arrepentido.

Vivía desde entonces con mucha pena y congoja, sus amigos que lo visitaban decían que querían alegrarlo pero él nada, era muy susceptible a todo. Nuestro cerdito les invitó a ver muchas fotografías, vídeos y periódicos de los hombres y les dijo, finalmente:

Yo, no puedo contemplar a los hombres. A ninguno en especial, porque ellos no tienen corazón ni sentimientos, más bien tienen una piedra a cambio. No saben pensar, y si piensan, son egoístas, piensan como hombres, todo lo malogran. Nosotros, que somos, igualitos a ellos, somos diferentes. De aquí para adelante, ya no los debemos servir, porque ellos lo destruyen todo. El hombre no sabe cuidar lo que tiene y cuando lo pierde, llora tontamente, como si sus lágrimas van a regresar y obtener de nuevo lo que perdió. Nosotros no somos así, somos distintos. Sí, así son los hombres, para qué seguir hablando con ellos y por ellos. Un día nos destruirán y desaparecerán como lo están haciendo con el Oso Panda.

Miren que en la China, apenas hay unos cuantos y son contados. Ya no existen en un país muy hermoso que es el nuestro, la chinchilla. Los hombres los han exterminado como si fueran una plaga maligna. En la selva ya no existe el Monito Tití, no lo tenemos ya, y un día, los niños humanos, quizás sólo puedan conocer a los conejos y los cerditos, en fotografías, vídeos, CDs, DVDs o en recortes de periódicos y se dirán también, que existimos como fueron ya; los dinosaurios, en la prehistoria.

Otro dato muy importante que me da coraje y terror decirlo es que están exterminando a los elefantes en África y no dejarán ninguno vivo de aquí a unos años. Ellos no aprenden a respetar el territorio natural, están invadiendo las zonas reservadas que ellos; los humanos, han instaurado para los propios elefantes y lo peor, se están matando entre ellos. Ya olvidaron lo que un día un sabio humano dijo: no esperes lo que tu país puede hacer por ti, sino pregúntate que es lo que puedes hacer tú por tu país. Y nuestro planeta, ahora se está muriendo. Por eso, yo no voy a levantar mi cabeza jamás ya ante ningún hombre porque no lo merecen y porque jamás traicionaría a los míos. Es así que ahora, nosotros, los cerditos caminamos con la cabeza gacha, y ya no miramos a los hombres, esos cerdos fueron culpables para que suceda esto, pero voy aprendiendo que no todos los hombres son malos, uno de ellos, mi gran amigo Jean D'Carval me dice que un día el mundo será distinto y me está enseñando a levantar la cabeza y tener orgullo como ya lo hicieron mis antepasados. Estoy en plena rehabilitación de mi autoestima y me está yendo muy bien.

Si quieren comunicarse conmigo, aprovecho el correo electrónico de mi amigo Jean D'Carval, envíenme sus e-mails para contarles más confesiones, mías y de mis antepasados a:

jdcarval@hotmail.com

Que la redondez del mundo sea con ustedes.

Siempre amigo. Berny.